

# BOLETÍN

DE LA

## REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

---

TOMO XXX.

Abril, 1897.

CUADERNO IV.

---

### INFORMES.

---

V.

D. ANTONIO BERNAL DE O'REILLY.

En la sesión del anterior viernes el Sr. Pirala dió á la Academia noticia del fallecimiento de nuestro digno Correspondiente D. Carlos de Uriarte, Director de los institutos de San Sebastián y Vergara, tan apreciado en aquel país por sus condiciones de carácter como por los extensos y variados conocimientos científicos que poseía.

La Academia puso con tal motivo de manifiesto el aprecio que siempre le había merecido colaborador tan celoso y entendido en los trabajos de la Comisión de Monumentos de aquella provincia, disponiendo se hiciera en su BOLETÍN mención especial del sentimiento que en todos sus individuos de número había tal desgracia producido.

Hoy traigo yo la triste misión de anunciar una nueva pérdida en aquella misma Comisión, la de otro de sus más estimables miembros, persona que á esa cualidad y á la de historiador concienzudo y hábil, reunía la circunstancia de haber prestado servicios, á veces eminentes, á la patria en la carrera consular á que había pertenecido muchos años.

El Excmo. Sr. D. Antonio Bernal de O'Reilly, que es el á quien

me refiero, fallecido en San Sebastián el 19 del actual mes, era, con efecto, hombre que así como cultivaba con éxito las letras y las artes, oficio tan útil en una Comisión de Monumentos, había en destinos del Estado puesto en acción sus notables facultades de carácter, celo y talentos, y eso con peligro, en algún caso, de su vida por lo delicado y espinoso de las comisiones que se le confiaran.

Los veteranos de esta Academia y aquellos de fuera de ella en cuya memoria no ha hecho mella todavía la edad, le recuerdan de cuando en los salones de Madrid, en la sociedad de los literatos españoles de más renombre y hasta en los círculos políticos, era O'Reilly conocido por sus elegantes maneras, sus aficiones artísticas y agudos y oportunos conceptos; y ayer mismo, anciano y todo, achacoso y casi ciego, era todavía solicitada su sociedad por ese trato galante, ameno y franco que tantas simpatías le había atraído en su juventud. Los de ahora no han podido conocerle bien; pero ahí están sus obras literarias y sus servicios al país que harán bueno y estimable su recuerdo en los presentes y veñideros, como lo es en los pocos que quedan de sus contemporáneos.

En funciones consulares ya desde Febrero de 1844, y desempeñándolas en varios puertos de Francia, en Burdeos, en Nantes y el Havre, demostró desde sus primeros pasos en carrera tan dada á conflictos, la actividad y energía, el talento y el tacto que exigen tan delicados cargos. Su acierto le habría luego de llevar á Oriente, donde el servicio consular se extiende al de misiones de índole especial, mucho más compleja, pues que se rozan sus asuntos con los de la política en su gestión más elevada por las competencias que se suscitan, los rozamientos que se producen y las luchas á que alguna vez dan origen la diferencia de dogmas, la diversidad de nacionalidades y la contraposición de intereses entre los que allí se disputan la superioridad de sus creencias. En el consulado que ejerció en Siria y Palestina durante tres años consecutivos, tuvo ocasión de estudiar la Tierra Santa, cuya descripción habría de ser tema de varias de sus interesantes producciones literarias, y las leyes también y costumbres por que se gobiernan las relaciones internacionales propias de situación tan

anormal como la existente en los lugares y sitios en que se realizó la redención del género humano.

«Tierra Santa» se titula la última producción del Sr. Bernal de O'Reilly, sometida hoy al juicio de esta Academia, que es de suponer le será favorable, conocido, como es, el que obtuvieron de la opinión el libro que publicó en 1886 con el título de «Leyenda del Cristianismo», y el que dos años después vió la luz en la *Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada* con el de «En el Libano». Todos se refieren á la descripción geográfica de la antigua tierra de Promisión y á su historia desde las edades bíblicas hasta la presente, en que acontecimientos de no poca importancia la han perturbado con luchas sangrientas entre las razas, tan distintas en nacionalidad, religión y costumbres, que la pueblan ó dominan. Y no son libros dedicados más que nada al recreo de sus lectores, como el viaje de Lamartine, por ejemplo, y otros varios, llenos de fábulas ó buscando, con la popularidad, la satisfacción del amor propio de sus autores, sino trabajos formales en que resplandece la verdad, instructivos, por ende, y hasta con fines de edificación para con los que, sobre todo, quieren inspirarse en los sucesos que se narran y en el conocimiento exacto de los lugares de que fueron teatro.

No faltará quien pretenda considerar esos libros como ajenos á la historia de España; pero si quisiera demostrarlo, sería necesario probar también que no deben aparecer en nuestras crónicas la cooperación de los españoles en las jornadas de Canas y el Metauro, las de los catalanes y aragoneses en el Asia menor ó las de los navarros en Atenas. Porque nuestras misiones en Palestina, la ocupación de tantos y tantos lugares y el servicio religioso de los sacerdotes españoles, como el patronato del gobierno español en ellos, constituye esos sitios así como en parte del territorio patrio, independiente en cuanto á su conservación para el Catolicismo, del que es genuino representante el soberano que lleva con justos títulos el gloriosísimo de Católico.

El Sr. Bernal de O'Reilly es además autor de otro trabajo que, aun cuando con distinto carácter, es también eminentemente histórico. Me refiero al publicado en 1872 con el título de «Bizarria Guipúzcoana y Sitio de Fuenterrabía». Con ser clásicos, puede

decirse, los tan conocidos del P. Moret y del Obispo Palafox, y los de tantos otros, así españoles también como extranjeros, inspirados por hazaña tan extraordinaria y gloriosa como la de aquella Muy Noble, Muy Leal, Muy Valerosa y Muy Siempre Fiel Ciudad, ninguno, en nuestro concepto, ofrece los caracteres de autenticidad en sus descripciones y asertos, ninguno los detalles episódicos que el del Sr. O'Reilly. Para escribirlo, se había trasladado á la ciudad heroica, en cuyos archivos, el municipal y el eclesiástico, pudo recoger datos que ilustrarían su obra con la tradición, también, más difundida y autorizada en aquel pueblo, orgulloso, sobre todo, de una defensa que no han logrado deslucir tantas otras anteriores y posteriores de un país, como España, que cuenta entre las suyas las más brillantes y ruidosas del mundo antiguo y moderno. Nada, así, quedó en la sombra para el Sr. O'Reilly, quien nos ha dado de ese modo la relación más circunstanciada y exacta de la gloriosa campaña de 1638, en que el ejército francés del padre del Gran Condé, fué rechazado en los varios asaltos que intentó á Fuenterrabía, y al fin vencido y deshecho en la batalla del 7 de Septiembre. Si no tan elegante en sus formas literarias como los escritos del sabio jesuita y del prelado que acabamos de citar, el de O'Reilly reúne á las condiciones de un estilo sencillo y claro, las de una exactitud escrupulosa en la historia de aquel suceso, por tantos títulos admirable.

En cuanto á los servicios prestados por el Sr. Bernal de O'Reilly en su carrera, podría yo recordar muchos y sobradamente meritorios. La brevedad, sin embargo, que impone esta clase de escritos en ocasión como la presente, me hace evocar tan sólo la memoria de uno de esos servicios, por relacionarse con episodios de la última guerra civil, tan notables que ninguno de nosotros los habrá puesto en olvido.

Al acometer el General Martínez Campos la arriesgadísima empresa de trasladar la guerra al valle del Baztán ocupado por los carlistas, se encontró, una vez realizada con fortuna en verdad sorprendente, á la vista de fuerzas enemigas numerosas rodeando su campo y sin bastantes municiones, él, de boca y guerra con que rechazarlas y vencerlas. Sin comunicación, además, con su base de operaciones de la alta Navarra ni con el cuerpo de ejército

con que corría á acudirle nuestro inolvidable soberano D. Alfonso XII, hubo de establecerla con Francia ocupando el puerto de Maya y el tan conocido puente de Dancharinea, fronterizo de aquella república. Afortunadamente para el bravo General, se hallaba en Bayona D. Antonio Bernal de O'Reilly ejerciendo las funciones de Cónsul de España, quien, avisado de la situación de nuestro ejército, no cesó ni un momento en la salvadora tarea de reunir cuantos elementos pudiera aquel necesitar para proseguir la campaña, conduciéndolos inmediatamente por aquel mismo camino al campo liberal. Y no satisfecho aún con servicio que la prensa periódica ensalzó hasta las nubes, se incorporó al ejército tomando en seguida parte en las gloriosas jornadas de Vera y Peñaplata.

No hay sino recordar las cruces y placas que adornaban su pecho para que se comprenda el número de los servicios que, lo mismo á su patria que á distintos otros países é instituciones, prestara nuestro eximio correspondiente, para apreciar su mérito y la justicia con que ahora me atrevo á recomendarlo á la Academia. Tenía la Gran Cruz de Isabel la Católica y la blanca del Mérito militar; la de Comendador de número de Carlos III, la de 3.ª clase del Mérito naval, placa de 1.ª clase de Beneficencia, Medalla de Alfonso XII, con pasadores de Vera y Peña Plata, las de Comendador de la Legión de Honor de Francia, de 1.ª clase de Francisco I, de las Dos Sicilias, de las Ordenes pontificias de San Gregorio el Magno y San Silvestre, y por fin, la de Comendador del Santo Sepulcro de Jerusalem. Las de mayor consideración, las condecoraciones de rango superior son las españolas, conferidas naturalmente por servicios que, si se ha de calcular por los prestados en 1876, representan esfuerzos personales honrosos y útiles, dignos, por consiguiente, de recompensas tan altas como las que recibió el Sr. O'Reilly en aquella feliz ocasión que no me cansaré de recordar por sus resultados, la pacificación del país vasco-navarro y pocos días después la de toda la Península.

En Marzo de 1881 es cuando se retiró á San Sebastián, donde ha disfrutado hasta el día de su fallecimiento de las consideraciones y el afecto de cuantos, conociendo sus relevantes servicios, llegaron pronto á comprender cuál era el mérito del Sr. O'Reilly

por su trato, que tantas simpatías le había atraído siempre, y por los frutos de su inteligencia y su laboriosidad incansable. Metido en su estudio y rodeado de los objetos de arte, así antiguos como modernos, que constituían su casa en un museo si no abundante, selecto, y de precio, se dedicó á transmitirnos las impresiones de sus viajes por Europa, el Egipto y Siria, consignadas luego en los libros de que hemos dado cuenta, sin abandonar, por eso, trabajos profesionales que, como el que publicó en 1883, *Elementos para el ejercicio de la carrera consular*, han servido y servirán de enseñanza y guía á cuantos tengan que acudir á su consulta en asuntos que tanto afectan al comercio y á la política que hayan de ejercitar nuestros agentes en el extranjero.

Quedábale al Sr. O'Reilly algo de aquella arrogancia caballeresca de la juventud, fomentada por su intimidad con los más autorizados representantes de la escuela romántica en Madrid, los Saavedras, Esproncedas, Larras, Madrazos, Escosuras y tantos otros que desde el cafetillo del teatro del Príncipe disponían de la reputación y aún de la suerte de los que ensayaban ó ejercitaban sus fuerzas en aquel género dramático, entre los que sobresalió por sus inimitables poesías D. José Zorrilla, unido á O'Reilly con lazos bien estrechos de parentesco. Los años, sin embargo, y la larga é instructiva experiencia de una carrera y oficios que tanto seso y formalidad exigen y que tanto crédito le habían proporcionado y llevádole á estudios de historia y artes, modificaron en no poco su ya antiguo carácter, haciéndole, no sólo simpático sino que atraente y respetado en la ciudad que, no sin razón, eligió para residencia en sus últimos años.

Yo le profesaba una particular estimación, y no extrañará la Academia que, apoyándome en tantos y tan justos motivos como acabo de expresar, la dirija un ruego que la sabré agradecer, el de que haga insertar en su BOLETÍN, si la aprueba, esta sumaria y modestísima reseña de los méritos de su digno correspondiente el Excmo. Sr. D. Antonio Bernal de O'Reilly, funcionario del Estado, repito, tan celoso como erudito y concienzudo historiador.

Madrid, 26 de Febrero de 1897.

JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.